



JOSE LUIS VAZQUEZ-DODERO

# Delapunte

ARTISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS





Santanderino, nacido en 1909, con raíces solariegas montaÑesas, Fernando Delapiente ha vivido en Valladolid, en Madrid —donde estudió la carrera de ingeniero industrial de 1927 a 1933—, en París, Londres y Roma.

Delapiente, discípulo de Ramón Zaragoza, Laínez, Crespí, Eduardo Chicharro, Julio Moisés y Manuel Bedito, ha mostrado una personalidad independiente de rasgos inconfundibles, capaz de abordar el paisaje en múltiples aspectos y los conjuntos urbanos de ciudades diversas, Madrid especialmente, con vigor y originalidad. Su cuadro «La

9.526



Delapente

**JOSE LUIS VAZQUEZ-DODERO**

Escritor: Premio Nacional de Literatura



9526

Delapunte



R. 34.199

Edita: Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación  
y Ciencia, Secretaría General Técnica.  
Imprime: Edigraf - Tamarit, 130 - Barcelona-15  
I S B N 84-369-0266-1 — Dep. Legal B. 24.832-1973

## APUNTES BIOGRAFICOS

Cuando Fernando Delapiente tenía dos años, un terrible incendio destruyó parte de la casa en que habitaba. Era en Santander, en la calle del General Espartero número 3. A Fernando le causó una impresión imborrable. Su padre quedó herido en un pie, pero todos se salvaron.

El niño había nacido el 25 de abril de 1909 en un chalet del Paseo de la Concepción, hoy número 69 del Paseo Menéndez Pelayo de la hermosa ciudad montañesa. En un pequeño jardín se alzaba el único naranjo santanderino. El edificio se llamaba Villa Pura y el paraje era delicioso. Estaba situado en la parte alta del camino de Santander al Sardinero y lo sombreaban muchos árboles. Los antepasados de Fernando eran cántabros por los cuatro costados. El padre, de hidalga estirpe, se llamaba José Manuel de la Puente (el apellido lo unificaría después Fernando) y Quijano. Era hijo del abogado don Vicente de la Puente y Terán. Abogado también, don José Manuel fue excelente concertista de piano a quien quisieron

contratar en Londres. Los suyos se opusieron y el contrato no llegó a firmarse. Asimismo tenía aficiones pictóricas y fue un gran experto de la fotografía. La madre de éste, doña Vicenta Quijano y Verdeja, era nieta de don José María Quijano y Moncalián, fundador de las fábricas de los Corrales de Buelna (Santander). Por la rama materna descendiente de los Verdejas y Rábagos de Potes (Picos de Europa). Don José Manuel estaba casado con doña Victorina Rodríguez Irún madre del artista e hija de don Fernando Rodríguez Mantilla, natural de Ormas (Santander), de donde procedía también el abuelo paterno don Vicente. (Eran parientes). Allí se encuentran hoy día las dos casas solariegas en sillería blasonada con escudos fechados en 1642. Había emigrado a Cuba a los quince años y a los cuarenta retornó a España, enriquecido por un negocio de maquinaria agrícola. Contrajo matrimonio con doña Victorina Irún López, montañesa igualmente, de Reinosa.

A los cuatro años Fernando marchó con sus padres a vivir a Valladolid, donde tenían intereses. Por entonces pasaba los veranos en Reinosa, donde vivía su abuela materna doña Victorina; teniendo siete años, pintó sus primeras acuarelas: unos tiestos, la Peña del Fraile, etc. Conserva el primer óleo que salió de su mano: es una tablita representando a unos gitanos al lado de Fontibre.

En 1917 volvieron a Santander. Vivían en el número 16 de la calle de Méndez Núñez, una de las pocas casas no afectadas por el espantoso incendio de 1941. Fernando comenzó a tomar apuntes de los edificios vecinos y a estudiar en la escuela de don Manuel Leza; seguidamente inició el bachillerato en el Instituto, donde aprobó hasta el cuarto curso. El mayor de sus hermanos, que se trasladó a Madrid a casa de doña Vicenta, su abuela paterna, para hacerse médico, enfermó de pulmonía lo cual dio lugar a que los padres, alarmados,

se trasladaran de nuevo a Valladolid, en cuya Facultad de Medicina podría seguir José Manuel (que así se llama), cursando su carrera. Pasaban los veranos en Santander, y el ya incipiente pintor concluyó el bachillerato en el Instituto vallisoletano. Su abuela Victorina murió en Reinosa y Fernando no volvió más.

A los catorce años ya pintaba mucho; las rocas del faro y los paisajes santanderinos le atraían singularmente. Años más tarde un profesor, don Manuel Menéndez, influyó extraordinariamente en el estudiante. Menéndez era buen maestro; daba clases en la Escuela Oficial de sordomudos y enseñaba Anatomía Artística en la escuela de San Fernando. Delapiente encontró en él toda clase de facilidades. Empezó a dibujar bajo su dirección, tan esmerada en las correcciones como en las orientaciones generales. En mayo de 1930 aprobó la asignatura de Dibujo de estatua con don José Garnelo, con lo que ingresó en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando de Madrid.

La carrera de ingeniero le tentaba, pero la pintura ejercía sobre Delapiente un hechizo todavía superior. Ingresó en Ingenieros Industriales, y cuando se hallaba en tercer año cursaba también primero en la Academia de San Fernando. Don Ramón Zaragoza, profesor de colorido y composición, adiestraba entonces a las promociones a preparar las telas y a manejar el óleo. El señor Láinez Alcalá, catedrático de Historia del Arte, les instruía con gracia y amenidad en tan atrayente disciplina, que sin duda dominaba. Don Andrés Crespí profesaba dibujo científico (perspectiva, dibujo lineal).

Pero la personalidad más sobresaliente de aquel claustro era el titular de dibujo al natural, don Eduardo Chicharro (1873-1949), discípulo de Sorolla y triunfador en concursos nacionales e internacionales. Su patetismo, que culminaría en «Dolor», acaso el mejor de sus cuadros, y su tendencia al simbolismo, no influirían, sin embargo, en el joven Delapiente. Chicharro le dio matrícula de honor en todas sus asignaturas.

Fue una época que nuestro pintor recuerda con agrado. Entonces conoció al cordobés Pedro Bueno (que se escapó de su casa de Villa del Río y luego obtuvo una beca con la que seguía sus estudios artísticos); y a Francisco Lozano, valenciano, un poco más joven que ellos, que llegaría a ser seleccionado por Eugenio d'Ors para el Salón de los Once.

Fernando Delapiente observaba una vida austera simultaneando las dos carreras, alejado de toda diversión; para él divertirse era pintar y dibujar, lo cual facilitaba renunciaciones y sacrificios.

En años sucesivos, Delapiente desarrolló su vocación bajo el magisterio de dos pintores mediterráneos que alcanzarían gran celebridad: Manuel Benedito (1875-1963) y Julio Moisés (1888-1968). Benedito era un retratista y paisajista ya muy galardonado en España y en el extranjero; valenciano, discípulo de Sorolla, representaba la corrección y el esmero. Moisés alcanzó también singular notoriedad en el arte del retrato y sobre todo del desnudo. Para Delapiente, Moisés era mejor profesor que Benedito, aunque éste gozase de mayor reputación artística. Don Julio se entregaba a los discípulos con fervor sólo superado por Zaragoza, cuyo interés profesoral compartía también Eduardo Chicharro. De éste fue de quien más aprendió el joven santanderino, que conserva todavía la devoción que le despertaba su entusiasmo por la enseñanza.

En una ocasión, invitó a los alumnos a su estudio, les enseñó cuadros que no mostraba a nadie, les dio acerca de ellos una serie de lecciones, reparando especialmente en las luces y en los colores complementarios, materia que dominaba.

Pero entretanto, Fernando acabó la carrera de ingeniero y se colocó en una Azucarera. En los ratos libres, dibujaba en la misma oficina, y por la noche daba clase a los hijos de los operarios.

Terminada la guerra civil de 1936 empieza verdaderamente su consagración a la pintura. Su destino en la Azucarera le deja tiempo para el arte, y el pintor lo aprovecha avaramente haciendo numerosos estudios de cabezas del natural y no pocos bodegones. A la vez termina los estudios en San Fernando; concretamente la carrera de profesor de Dibujo, para la cual le faltaban algunas asignaturas, entre ellas la de Ropajes.

De 1944 data el retrato de don Casimiro Morcillo, a la sazón Obispo Auxiliar de Madrid, quien se opuso a que Delapiente enviase el cuadro a la Exposición Nacional.

En aquel año deja la Azucarera y al siguiente opo- sita a la cátedra de Dibujo en la Escuela de Ingenieros Industriales. Eran once opositores y Fernando triunfó.

## **A Italia como todos**

Como tantos, como casi todos los pintores, este ingeniero siente la necesidad de visitar ese emporio de arte (pintura, arquitectura, escultura...) que es Italia. Allí estuvieron, entre mil, los dos príncipes de la pintura española: Velázquez y Goya. Marcha en 1949 y queda excedente en la cátedra.

Fernando vive al principio en Roma y asiste a las clases de Dibujo y Pintura de Vía Marguta, adonde concurren los artistas de la Ciudad Eterna. Se pone en contacto con el Colegio Español, cuya dirección asumía Fernando Labrada, grabador primoroso. Desde la altura de Monte Mario, en que se alzaba el colegio, se dominaba la urbe cantada por poetas del mundo entero, y últimamente por Gertrudis von Le Fort: «Corazón sacrosanto del mundo, lugar en que se tocan el cielo y la tierra».

Los cinco años que nuestro pintor pasó en Roma, olvidado ya de la ingeniería, fueron decisivos para su

formación estética. Allí evolucionó, allí se hizo un pintor moderno en el sentido literal del vocablo, que no equivale a modernista; allí tuvo ocasión de contemplar en el Museo Nacional muchas obras de pintores que conocía de oídas, pero que no había visto: Chirico, Casscrati, Carrá, Modigliani.

Italia le dio primordialmente dos cosas inolvidables: la poesía de que está impregnado el ambiente, y que cala el espíritu de un modo inefable, y el conocimiento del color. Verdad es que las lecciones de color son supremas en los venecianos, pero no menos verdad que Zurbarán, con la opulencia de sus blancos, y Ribera, en «El sueño de Jacob» y sobre todo en «El martirio de San Bartolomé» ya habían mostrado a Delapiente, sin contar con otros magnos ejemplos, el dominio del colorido.

Pese a ello, para Delapiente existía el hábito tradicional de las tierras de España y en su oído resonaban los alardes de este tipo de paleta y refranes como el de: «De tierras y sienas, a manos llenas»; o «El azul en el baúl». Puede decirse que Italia alteró definitivamente la vida de Fernando, pues fue allí donde quedó consolidada para siempre su vocación por la pintura, que le atraía en forma irresistible.

## **Una temporada en Madrid**

A mediados de 1953, Delapiente retorna a Madrid y comienza a pintar temas de Castilla, porque Castilla le había impresionado no sólo a través de la literatura moderna y clásica, sino en su directa y reiterada contemplación. De entonces datan los paisajes de la tierra de Campos, serie en la que descuella, con influencias de Van Gogh, «Sol de Castilla». Del maravilloso artista holandés le subyugan poderosamente los amarillos. Representa un barbecho agostado por el sol.

Merece también mencionarse «Surcos», que es el retorno al pueblo de un labrador en la crudeza del invierno.

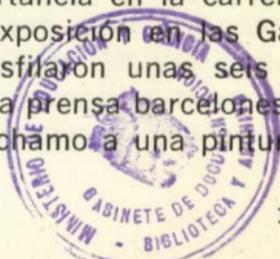
Otros temas que le atrajeron: la carretera de Alcalá de Henares, la huerta de Alcalá, las trillas en campos segovianos, el castillo de Manzanares, los toros de Guisando y tres cuadros de asuntos madrileños, pues el artista trataba de captar el color de Madrid, como había captado el de Roma, aunque en estas nuevas circunstancias no le es posible.

Pinta entonces cuadros de temas humanos; así «El gordo», que representa la oronda obesidad de un agraciado por la lotería. Muy bien acogido en la Exposición de París fue «La tienda de peluquines» (La boutique du Coiffeur), cuadro éste que una vez expuesto fue adquirido para el Museo de Arte Moderno parisiense, donde está. Otro de ellos es comentado por Waldemar George en el prólogo que hizo de un libro suyo: representa a unos individuos jugando a las cartas en un garito. Empieza a predominar el color, entonando los amarillos con los grises, y constituye una ruptura con la estética cultivada por el artista antes de su viaje a Italia.

Pinta luego un interior de la Ermita de Parla con una delicada visión de su retablo. Camón Aznar mostró profunda admiración por esta obra.

Fernando Delapuebla aprovecha la tercera Exposición de la Bienal Hispanoamericana para enviar tres cuadros: «Sol de Castilla», «La plaza de España» (de Roma) y «Capri». El primero de ellos fue seleccionado y estuvo a punto de recibir el premio de la UNESCO.

Un paso de considerable importancia en la carrera artística del santanderino es la Exposición en las Galerías Layetanas, por las que desfilaron unas seis o siete mil personas. La acogida de la prensa barcelonesa fue excelente y representó el marchamo a una pintura



que trataba ya de conciliar el atrevimiento con esa moderación que impone a los espíritus disciplinados los vestigios del «canon».

El triunfo de las Galerías Layetanas dejó huella profunda en el alma del expositor y lo animó a seguir pintando, no tanto por las ventas logradas como, especialmente, por los encomios de visitantes autorizados y entusiasmo de la masa del público barcelonés.

Y llegamos al segundo viaje de nuestro pintor a París. Si al principio fue con una beca, ahora tiene que aposentarse en una buhardilla del boulevard St. Germain-des-Près, donde algún día llega a quedarse sin comer. Pero Delapueute no sólo resiste la adversidad, sino que de algún modo es feliz. El recuerda aquella mañana en que comió, sentado en un banco de las Tullerías, una lata de sardinas y un panecillo, porque los ahorros los gastaba en telas y en pinturas. ¡Ah! Pero ¿no es París la Meca del Arte? ¿No podrá realizar allí su sueño y alcanzar la consagración?

La Galería Dumas, en el boulevard St. Germain-des-Près, no existe en la actualidad, pero, aunque de reducidas proporciones, representaba entonces algo codiciable. Allí vende algunos cuadros con cuyo producto repone un tanto su exigua bolsa. Una señora le paga uno de ellos bastante bien, porque cien dólares representaban algo en aquel tiempo.

En el año 1957 se presentó en una exposición colectiva de L'Ecole de Paris que se llevó a cabo en el Museo de Arte Moderno. Favorable acogida encontraron los dos cuadros presentados: «El Toro» y «Los jugadores de cartas». Este éxito le animó extraordinariamente, y lleno de esperanza se decidió a exponer seriamente en París. Ardua empresa. Nuestro pintor aspira a una Galería prestigiosa y tiene que peregrinar por no pocas hasta que la Bénézit le acoge y allí obtiene el hasta entonces más considerable de sus triunfos.

La Prensa, el público, el director del Museo Nacional de Arte Moderno, M. Dorival, numerosos artistas, gentes de relieve concurren a la Exposición y van caldeando el ánimo del pintor, que atravesaba un período de ásperas estrecheces, no durante un mes ni durante dos, sino durante un año entero.

En el siguiente logra otro éxito, para él importantísimo, con la brillante exposición realizada en las Galerías Charles Duran-Ruel, en la Avenue Friedland, con sucursal en Nueva York. Es nada menos que la Galería de los impresionistas. Duran-Ruel había creído en ellos, había comprado sus cuadros y poseía en gran cantidad obras de Renoir, Degás y otros maestros, cuyas telas iba vendiendo en Nueva York. La sociedad era potente. Tenía tres amplísimas salas admirablemente decoradas y en cada una de ellas expuso Delapiente telas de distintos temas, entre otros los que integraban la parte de su obra realizada en España y que podemos llamar pintura de Castilla; asimismo algunos paisajes de París y una serie de bodegones de aquella primera época. Más la serie «Luminosa» integrada por veinticinco cuadros de paisajes italianos, en su mayoría de ciudades. Después no ha pintado más bodegones.

Visitaron la Exposición personalidades tales como el embajador de España Conde de Casa-Rojas, M. Bernard Dorival, conservador en jefe del Museo Nacional de Arte Moderno; M. Jean Babelon, conservador del Museo del Louvre, Jeanne Baticle, Jean Duhamel, embajador; y entre los críticos y escritores: Gerard Schurr, H. Herrot, Waldemar George, Martinie, Vrinat, Cornil-Lacoste, Barnet D. Conlan, René Barotte, P. du Colombier, Prof. Charles Oulmont, Michel Curtois, Gállego, Sebastián Gasch, Juan Antonio Maragall, etc. El acontecimiento fue para Delapiente definitivo, ante todo porque vio colgadas, por vez primera, las series que acabamos de mencionar, y en la otra sala la serie luminosa, compuesta por cuanto había creado en Italia:

una colección de grandes telas —veintitantos cuadros— de Roma, Florencia, Venecia, Viterno y Capri. Se advierte en ella la influencia de la pintura «fauve» que Delapiente había admirado tanto durante su permanencia en la Ciudad Eterna, y que en España había tenido sus primeros representantes en Iturrino, Echevarría y acaso Riancho, y luego proseguiría en pintores aún vivos como Ortega Muñoz, Palencia o Joaquín Vaquero, y en el ya desaparecido Zabaleta.

Muy simple y posada de dibujo y de color, en cuanto a gamas y matices, aunque con colores bastante puros y netos, aquellos cuadros resultaban bien característicos y su exposición gustó al público. El embajador Jean Duhamel le compró un lienzo.

Sigue viviendo en París y pinta con ahínco y sin desaliento. Algo de aquel ambiente artístico, tal vez hoy en decadencia, impregnó el espíritu de Fernando Delapiente y alentó sus facultades creadoras.

Iba, pues, desenvolviéndose en París, cuando en 1958 su padre, que residía en Madrid, falleció (su madre había muerto cuando Delapiente estaba en Italia); entonces, como ahora, vuelve a España. Pero en esta sazón la pintura ha cobrado extraordinarios vuelos.

A su paso por la Dirección del Ateneo, Pérez Embid y Rodríguez Casado han organizado, en la vieja casa de la calle del Prado, Galerías y Exposiciones. Aunque Delapiente experimenta el tirón de París y a él vuelve alguna vez, en Madrid inaugura la Sala Neblí, apoyado por el gran arquitecto Miguel Fisac, el cual hizo la presentación. Pancho Cossío, Vázquez Díaz y otras figuras descollantes están presentes y le animan. Cinco años más tarde marcha a Londres por vez primera con ánimo de quedarse. El ambiente de la capital inglesa le encanta. Pero para ese viaje tiene que abandonar el estudio que había montado en Lázaro Galdiano número 1, y al regresar no le es fácil encontrar local.

Es un trance ingrato. Temporalmente acepta el cuarto que le ofrece un amigo, cuarto que da a un colegio con bullicioso patio de recreo. Nuestro artista se dedica entonces a la pintura abstracta, pero sin entusiasmo. No la encuentra interesante aunque no sea un detractor de esta moda efímera.

Sin embargo, ello enriquece su técnica: hasta entonces había empleado exclusivamente la paleta, desterrando el pincel, porque aquella es más limpia para el color. A partir del coqueteo con la abstracción, Delapiente empieza a emplear el color con otras materias inertes que incrementaban su plasticidad y le daban riquezas de materiales mucho más elevadas. Aquella etapa coincidió con el conocimiento y la amistad con un cosechero de vinos de Jerez, Fernando Carrasco, quien le enseñó Andalucía como realmente es: no la folklórica, sino la profunda: la de José María Izquierdo y los pensadores que le siguieron.

Esta detenida contemplación de Andalucía le incita a plasmar sus vivencias en cuadros que pinta en el nuevo estudio que ha establecido en la calle de Lagasca. Es toda una serie: la serie de Andalucía, que será expuesta el año 65 en la Sala Neblí con indudable éxito. Gaya Nuño, tan exigente, la comenta con juicios laudatorios apreciando la evolución del arte del expositor. En cambio, para Faraldo, Delapiente sigue siendo el mismo, cosa que este crítico le descubre, puesto que ahora no son paisajes urbanos, sino campestres los que sirven de tema a sus cuadros.

Pero no anticipemos acontecimientos. En 1962 tuvo lugar una exposición en la Galería Quixote, presentada por Enrique Lafuente Ferrari, José Hierro y Manuel Sánchez Camargo. Constaba de más de medio centenar de telas. En el catálogo figuraban sendos artículos de Enrique Lafuente Ferrari, José Hierro y de Manuel Sánchez Camargo.

La exposición es muy comentada en la prensa. Los cuadros se venden en buena parte. Lo importante es que aparece por primera vez en la obra del artista el tema urbano de Madrid. Para Delapiente, esta serie de obras reúne —a su juicio de manera definitiva— aquella fase de su producción en que ha captado y conseguido el color de Madrid, los aspectos de la ciudad recreados a su manera, una manera específicamente suya con la que se encariña entrañablemente.

Madrid constituye el quinto período de su pintura, el que inicia en París, el más personal, el que le lleva a realizar hasta ahora ciento sesenta y cinco cuadros de tema madrileño. Y es que Madrid, pese a las transformaciones que lo desfiguran, robándole su añejo encanto, subyuga la sensibilidad de Fernando Delapiente quien olvida con amor los pasos elevados, la plétora automovilística, la circulación tonitronante, la atmósfera mefítica. Ya es difícil, casi imposible, encontrar el deleite de un Madrid para pasear, sino para correr vertiginosamente.

Una faceta, que el autor denomina la tercera de su pintura, es la del retrato. Hemos mencionado el de monseñor Morcillo, y ahora nos referimos a cierto número de cabezas de personas conocidas: retratos inspirados en la amistad o en el interés que suscita la personalidad del retratado; retratos al margen de todo provecho crematístico. No gusta de componer el del señor sentado con la mano puesta en el brazo de la butaca; prefiere composiciones más modernas y busca deliberadamente alejarse del clasicismo consagrado por la historia de la pintura.

Se le ha preguntado reiteradamente al pintor de Santander hasta qué punto esta actividad retratística se armoniza con el cultivo de los temas urbanos.

Y el pintor responde que sí, que existe unidad entre estas dos direcciones de su quehacer artístico. En primer término puede advertirse en los retratos una

gran variedad. Ello se comprueba comenzando por sus autorretratos, que son cuatro. El primero, del año 1942, está realizado bajo el signo del «fauvismo»; el segundo, pertenece a 1968 y su traza y corte son más bien clásicos. Sebastián Gasch asegura que un retrato anterior muy lineal de una niña pequeña (1958), debido a Delapunte, tiene la incisión de perfil que Picasso ha sabido dar a su pintura.

Por supuesto que en la estética renovadora y acorde con los gustos de nuestro tiempo que le inspira a Fernando Delapunte, el retrato no puede estar de espaldas a la realidad. Sin duda ha de ser fiel a la persona retratada: fiel con todas sus consecuencias; por tanto, a lo externo y a lo interno tal como el artista lo ve y lo siente. De ahí que figure en su credo estético no hacer retratos de personas a quienes no conoce, y aun conociéndolas a quienes no estime. El retrato debe decir mucho y para decirlo no puede ser mero reflejo de una osatura recubierta de carne.

La concepción del retrato tiene en Delapunte, sobre todo en la última época, una tendencia a lo clásico, entendiendo por clásico lo verídico, lo real, plétórico de la objetiva espiritualidad que el retratista descubre o cree descubrir en su modelo. Real y no arbitrario. Por eso los dislocados retratos de Picasso prescinden del modelo y cuando el malagueño pinta a sus hijos o alguna de las mujeres a quienes ha profesado afecto, retorna a lo clásico, penetrando, eso sí, como lo hacen todos los grandes retratistas, en la intimidad de su ser.

Delapunte estima todos los retratos que ha hecho; le satisfacen más o menos, aprecia errores y aciertos; pero la serie completa le inspira benevolencia porque en ella descubre piezas que han sido auténticas claves.

El director de la Tate Gallery londinense le pidió uno. Delapunte no accedió a la petición, porque había retratado a una persona a quien profesaba gran amistad. Y de otra parte, piensa el pintor que para su arte es

fundamental dominar el retrato, puesto que la figura humana es lo más importante por ser el hombre la mayor obra de Dios. Retratar al hombre es, pues, retratar a una criatura hecha a imagen y semejanza del Altísimo.

1968. Delapiente ha preparado con la mayor solitud una colección de retratos que expone en el hotel Meliá «Don Pepe», de Marbella. Hermosa sala. Visitantes aficionados. Exito. Exito que le consagra como retratista. Pero no quiere confinarse en el retrato, entre otras razones porque le apasiona el mar. Al fin y al cabo es un hijo del mar y ha pintado marinas. Por cierto que nada menos que dos veces estuvo, en tiempos, a punto de ahogarse. Sin embargo, la zozobra de aquellos trances dramáticos no mermó en él su amor apasionante por el mar. Le subyuga, le sobrecoge, le gusta más que las ciudades, aunque piense al decirlo en sus preferidas: Madrid, Londres, París, Venecia, Florencia...

Con esto llegamos a las actividades más recientes de Fernando Delapiente. En diciembre del año 1970 expone en el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid. Se trata de paisajes urbanos: cuarenta y cinco cuadros. Es uno de sus éxitos mayores.

Por fin vuelve a Santander. Ya dijimos que quince años atrás, cuando vivía en París, había mandado unas telas que se exhibieron en una exposición en el Museo Provincial de Bellas Artes de la capital de la montaña, luego en Torrelavega, en Reinosa... Ahora, el director de la Galería Sur, Manolo Arce, le acoge con satisfacción casi tan grande como la que el artista experimenta volviendo a su tierra, cosa que no había hecho desde 1934.

Disfruta como nunca contemplando los paisajes, platicando con amigos de la infancia que van envejeciendo. Le han recibido como a un indiano que retorna

encanecido. Pero su alma permanece joven y el espíritu no ha perdido su lozanía. Delapiente tiene muy arraigada una virtud que hoy resulta un tanto anacrónica. Me refiero a la esperanza. Por supuesto, la de una vida ultraterrena absolutamente feliz, mas también la de la realización en el mundo de muchos de sus sueños de artista. Las hambres, las calamidades, las situaciones angustiosas le han curtido y adoctrinado y purificado.

Es objeto de continuos agasajos. Pinta la Grua Titán y toma cuarenta apuntes de su tierra con el propósito de transformarlos en otros tantos cuadros o tal vez alguno más. Así, «La novia del Puerto Chico», ahora deteriorada. Aunque el paisaje ha sido vulnerado por el turismo subsiste el esplendor de vegas y prados, los ganados pastando en una paz de égloga, los aldeanucos, lo que un poeta argentino ha llamado «la civilización de la dulzura». Y esa maravilla única tal vez en el mundo: Santillana del Mar. En una de sus blasonadas casas se lee: «Por pasar la puente me puse a la muerte». Allí quedan los escudos en piedra de sus antepasados los Ceballos, Barreda y Yebra, llenando fachadas como la de la torre gótica hoy llamada de los Borjas.

Cuando una mujer camina con su cántaro de leche a la cabeza, el contraste con la horrisona ciudad produce paz y alegría de vivir.

Una casona de los antepasados del pintor —la de los Verdeja-Rábago en Potes— pasa a un apunte que se convertirá en un cuadro. Todo produce una impresión de perennidad, y cuando Delapiente visita los Picos de Europa ve en ellos un símbolo de la firmeza inquebrantable de los hijos de Cantabria.

Toma apuntes de la bahía de Santander durante un curso en la Universidad Menéndez Pelayo y también reproduce con su lápiz la casa en que nació y el mo-

numento a las víctimas del Machichaco (1893), dramático episodio que Pereda describió en la robusta prosa de su «Pachín González».

Expone asimismo (1971) en San Sebastián, en la Galería El Pez, una sala nueva, que él inaugura, donde no logra la acogida calurosa que en otras ocasiones. No obstante, como no trata de conseguir halagos, sino de realizar una vocación inequívoca y vehemente, el desaliento no le apoca.

También en 1971 expone en la Tercera Bienal del Deporte.

En los tres últimos años Delapunte ha creado con lentitud y perseverancia una serie de óleos de mar, visiones personalísimas, de las más originales. Algunas de las telas, de una dificultad extraordinaria, no sólo por su concepción sino por el virtuosismo fácil de su ejecución. Empastes increíbles de un atrevimiento y efectividad tan asombrosa que permiten expresar las bellas imaginaciones del artista que a veces parecen reales y a veces parecen soñadas. Con este maravilloso bagaje, Delapunte, acepta la invitación afectuosa de Luis M.<sup>a</sup> de Zunzunegui de la Galería de los «Amigos de Granados» en Barcelona y acude en la primavera de 1972 al Camarote Granados, para realizar una magnífica exposición personal. Delapunte consigue en esta ocasión uno de sus mayores triunfos. Expone cuarenta y cinco óleos en su mayoría marinas. A la sazón la crítica, unánime, alaba esta muestra, y el éxito es definitivo.

El haberse decidido nuestro pintor por exponer sus marinas por vez primera en Barcelona fue debido a que estaba seguro de que el público catalán poseía las dos cualidades necesarias para su comprensión: conocimiento de la pintura y del mar.

Una de las marinas, «Arrebato de Cielo y Mar», expuesta en la Exposición Nacional 1972, es seleccio-

nada para la exposición itinerante por toda España y premiada con la adquisición por el Estado.

A finales de 1972, solicitado con insistencia por la Galería Arteta de Bilbao, realiza Delapiente su primera exposición retrospectiva personal que abarca un período de veinte años. Son cincuenta y ocho obras las que se exhiben y por la afluencia de público constituye un verdadero acontecimiento artístico.

Ahora está empeñado en llevar al lienzo los numerosos apuntes tomados en Santander en el verano del 72 completando toda la provincia maravillosa de esa tierra que vio nacer a nuestro artista, y los tomados en Londres, Bilbao, etc., que forman una gran colección porque Fernando es un trabajador nato y con su admirable facilidad para el dibujo no pasa por lugar que no recoja ávido en su cuaderno, compañero inseparable de su vida de soñador.



## EL PINTOR ANTE LA CRITICA

SEBASTIAN GASCH

«No olvidaré fácilmente la impresión que me ha producido esta evocación de un universo dilatado y condensado a la vez, dramatizado a ultranza. Esos hombres, esos animales, clavados en la tierra, como enraizados en el suelo, esos campos con amplios surcos henchidos de savia. Todo eso tiene una amplitud de ritmo, una sonoridad de color, un lirismo substancial, primitivo y profundo, que conmueve y llega a las fibras más íntimas. Esta pintura, de una intensa expresividad, de una áspera grandeza, épica sin énfasis, halla en la materia una armonía de rara calidad. Por horror a las pinceladas impalpables, a las brumas y las irisaciones inalcanzables del impresionismo, el color de estos lienzos se reconcentra, se recoge interiormente, se simplifica y se fortalece. Es profundizando mucho como Delapiente quiere expresar su amor de la materia».

(«Destino», Barcelona, 22 octubre 1955.)

## MICHEL CONILL LACOSTE

«Sus paisajes en gran formato se distribuyen en dos series: de una parte, Italia... de otra París y la campiña castellana. La composición, siempre firmísima, se rige por un grafismo sombrío... De las naturalezas muertas, sumamente rústicas, emana un silencio de buena calidad».

(«Le Monde», París, 27 diciembre 1957.)

## BARNETT D. CONLAN

«Epaniards have a rough direct way of expressing themselves and Delapiente at the Bénézit gallery is no exception. His ensemble of scenes from Castille reflects the estern nature of the landscape and the sparse character of that region. He uses pale yellow and chalk white with subtlety and in his large compositions with figures there is a sense of humour».

(Pictures on Exhibit», Nueva York, marzo 1957.)

## GEORGES PILLEMENT

«Como Solana, Fernando Delapiente nació en Santander, puerto de la costa cantábrica, capital de la provincia de la «Montaña», entre el País Vasco y Asturias. Es un pueblo grave, severo; tal es el carácter del arte de Delapiente, lo mismo que el de Solana. Delapiente es mucho más joven —nació en 1909—; es menos moroso, menos desesperado. No obstante, lo que nos revela es el aspecto trágico de España, a pesar de cierta llaneza, cierto sentido del humor que caracterizan a lienzos como «La Peluquería» o «Personajes de Taberna», inspirados por Madrid. Los pueblos de Castilla que pinta Delapiente nos recuerdan esos pueblos desecados por el sol, en los que las casas señoriales abrigan a pobres gentes taciturnas. Sus toros,

arrojados en una arena de amarillo deslumbrante, nos recordarán a Lorjou —si Delapiente le hubiera conocido—, porque ignora toda la pintura francesa actual. Pintura auténtica venida de España.

(«Catálogo Exposición Bénézit», París, enero-febrero 1958.)

## PIERRE DU COLOMBIER

«Yo fui a ver los cuadros expuestos y sentí el «choc». No se parecían a nada de lo que estamos acostumbrados a ver. Delapiente no busca la atmósfera. El impone su visión sin temor a lo arbitrario. Su naturaleza de alquimista se reconoce mejor todavía en sus naturalezas muertas, donde juega con un reducido número de objetos. Sin embargo, los objetos tienen una «presencia» objetiva —como se dice hoy— a la vez esquemática y real. En esta pintura de Fernando Delapiente, la realidad, por la magia del arte, se desdobra en un sentido que no es preciso intentar esclarecer y que se resume en una resonancia del alma del espectador sobre la onda del alma del artista».

(«Amitié Franco-Espagnole», París, enero 1958.)

## CIRILO POPOVICI

«Lo que parecería una perogrullada —pintura es color— es, en realidad, un hecho digno de subrayar actualmente, puesto que las nuevas tendencias del arte van hacia la supresión de este elemento pictórico —el color— rompiendo así con una tradición secular. Italia no fue sino una etapa en la aventura pictórica de Delapiente. La corriente le empujó hacia París. Allí sus tonos cambiaron y en el lugar de sus anaranjados y amarillos «calientes» su paleta fue hacia los «fríos», tonos grises que alterna con rojos, verdes o azules puros, casi de tubo. Asimismo su visión se simplificó,

se sintentizó y el espectador puede contemplar a un Delapiente más sobrio, más exacto».

(«SP», Madrid, 14 diciembre 1958.)

## JOSE DE CASTRO ARINES

«La pintura de Fernando Delapiente encierra un hondo sabor literario, de aparente ingenuismo «naif». Laboriosamente trabajada, busca a través de formas concretas y linealistas la «inocencia» de las arquitecturas y paisajes de la ciudad, escapando de toda retórica. Tiene interés esta pintura, siempre que se entienda en su verdad, que no es precisamente la «ingenuística».

(«Informaciones», Madrid, 17 diciembre 1958.)

## SANTIAGO ARBOS

«Fernando Delapiente hace una pintura inmersa en la estética figurativa, de acuerdo con la sensibilidad cultivada de nuestro tiempo, muy atractiva y refinada. Estética figurativa no es sinónimo de estética objetiva. La de Delapiente es subjetiva en alto grado. Si se me pusiera en el aprieto de emparejar necesariamente a Delapiente con otro pintor, posiblemente lo colocaría en un lugar próximo al extremeño Ortega Muñoz».

(«ABC», Madrid, 20 diciembre 1958.)

## JOSE MARIA SANCHEZ DE MUNIAIN

«Finura de observación y sensibilidad, servidas con plena sinceridad mediante formas libérrimas de expresión. En lo primero, Delapiente ha alcanzado ya maestría. Tiene de inspiración azoriniana, aunque referida a temas grandes. Vigor de diseño, fuerza cromática algo «ferocista» en detalles, y refinamiento de matices en

las superficies extensas, poesía de lo vulgar (aunque en vulgaridades urbanas de mucho volumen), fantasía en las construcciones y las leyes de la perspectiva lineal, atrevimiento ante temas que arredran: estas me parecen las notas más visibles de esta epifanía de Delapiente en Madrid».

(«YA», Madrid, 21 diciembre 1958.)

## ANGEL BENITO

«En síntesis: su pintura es robusta, violenta, bien enraizada en esa línea de sangre que desde hace siglos va uniendo uno a uno a nuestros pintores más representativos, en los que la reciedumbre castellana tiene siempre algo que decir».

(«Nuestro Tiempo», Madrid, marzo 1959.)

## MARQUES DE LOZOYA

«Creo exacto afirmar que es ahora, con Fernando Delapiente, cuando Madrid ha encontrado su pintor. La vocación artística se parece mucho a la vocación religiosa. El pintor ha de hacer entrega total de su persona a su arte... Su técnica sabia, que ha llegado, después de un largo proceso de estudio realista de cosas, a sintetizar las formas en unas pocas líneas precisas y a fijar el reflejo de la luz sobre las superficies con un colorido luminoso, está casi exclusivamente consagrada a Madrid, con una comprensión total de la gran urbe, contemplando con el mismo amor sus más variados aspectos».

(«ABC», Madrid, 9 diciembre 1962.)

## ENRIQUE LAFUENTE FERRARI

Una gran parte de la humanidad vive hoy concentrada en las ciudades; su medio habitual, su entorno vital, su paisaje es, por tanto, el paisaje urbano. Edifi-

caciones, asfalto, farolas, comercios, anuncios luminosos son para el hombre de nuestro tiempo su ambiente primero, el fondo sobre el que su existencia se desliza, a veces el único paisaje que contempla. ¿Cómo no ha de influir esta circunstancia de manera dominante —y acaso pudiéramos decir deformante— sobre la psicología, los nervios hechos a esta clausura entre piedra y cemento...? Pocas cosas me impresionaron más hace años, que la lectura de una novela americana de Michael Gold titulada «Judíos sin dinero», en la que describe la vida de los suburbios pobres de Nueva York; en un pasaje el escritor decía que en la gran ciudad americana hay muchos niños que llegan a la adolescencia sin haber visto un árbol. ¿Se comprende la presión que tiene que suponer para un espíritu infantil esta privación de contacto con la naturaleza, privación hasta de la mínima expresión del mundo natural que es un individuo del mundo vegetal, prisionero en su bordillo de piedra en las calles de una gran ciudad?

Los pintores impresionistas —«el impresionismo, decía Spengler, es la pintura de la felicidad»— eran felices evadiéndose de las ciudades burguesas del XIX para plantar su caballete junto al remanso de un río, bajo las arcadas de un puente, para compartir en su pura instantaneidad los reflejos cambiantes de las aguas o los delicados matices del verde al amarillo de las arboledas en los ribazos. Al hombre urbano de hoy no le es tan fácil la evasión; la ciudad le puede, le domina y, además, el arte se ha hecho más cerebral, más subjetivo y no suele recurrir al diálogo con la naturaleza, a la inspiración directa en el natural. Vuelve, pues, a cobrar vigor aquel principio estético ya recordado por Ortega y Gasset al tratar del arte griego y que podríamos enunciar así: «el arte es la poetización de las cosas en el recuerdo».

Estas premisas nos explican la pintura de Fernando Delapiente. Gran parte de su producción, la más per-

sonal, son paisajes urbanos, ese género que en nuestros tiempos ha ido cobrando una importancia que no podía menos de tomar en la civilización urbícola de nuestros días. Cualesquiera que sean las consecuencias en que el artista vive y que su obra refleja. Y los pintores de hoy, muchos de ellos, tratan de cantar con lenguaje de su tiempo, este mundo profundamente humano de las calles, las casas, las plazas, los rincones por los que su vida habitualmente discurre y que van dejando su poso sentimental en su sensibilidad visual y afectiva.

Fernando Delapiente es un pintor de ciudades, pero los cuadros en que salva su visión son de un carácter muy personal y se parecen muy poco a los de los otros pintores. En primer lugar porque sus visiones urbanas están alimentadas de recuerdos precisamente. Delapiente, que comenzó su vida en otras direcciones lejanas al arte y que es ingeniero industrial, es uno de los muchos conversos al arte que tanto han pesado en la evolución de la pintura moderna. Ahora vive para la pintura reposada, tranquila, llena de voluntaria claridad y de silencio. Con esa punta también de ingenuidad de visión que el autodidacta aporta a la interpretación pictórica, tantas veces sobrecargada de virtuosismo sofisticado en el pintor que ha tenido un especializado curriculum profesional desde sus primeros años.

Los paisajes urbanos de Delapiente no reflejan visiones fotográficas, ni rincones concretos, realista-mente interpretados. El nos ofrece en sus lienzos una síntesis recordada de lo visto, una simbolización más que una documentación. Es el carácter de una ciudad o de sus parajes representativos lo que nos presenta. Por eso recombina los elementos de la realidad, presentándolos de una manera arbitraria, imperativa, más real como expresión que la realidad misma. Por ello no tiene empacho en alterar la situación de las cosas, tomándose las libertades que el Greco se tomaba

cuando incluía en sus cuadros los parajes o los edificios de Toledo. Así agrupa los edificios representativos del modo que conviene a su composición, selecciona, elimina, y nos da, en consecuencia, esencialidades más que realidad, operación artística de eminente solidez estética.

Y, precisamente para no confundirnos sobre sus intenciones, sus ciudades están siempre silenciosas y deshabitadas porque renuncia al elemento pintoresco de la humanidad pululante. Se trata, pues, de salvaciones subjetivas, elaboradas en la reflexión y el silencio del estudio. Y están realizadas con esa nitidez de sus líneas claras, de su «cloisonisme» delimitador, en el que los perfiles en negro aíslan colores claros, enteros, puros, que contribuyen a esa presentación un tanto mágica de las ciudades como corresponde a la síntesis intelectual que sus cuadros quieren ofrecernos.

Todas las ciudades que conoce o visita, dejan en su espíritu esa decantación arbitraria que su memoria elabora en síntesis libres; sus cuadros podrían titularse, con pleno derecho, «Souvenir de París», o de Venecia o de Roma o de Madrid. Madrid sobre todo, que en esta exposición nos presenta esas imágenes reposantes, quietas, silenciosas, de una villa que él pinta entrañable y austeramente con más verdad que la que captan muchos impresionistas retrasados, incapaces de elevar el paisaje a la esfera estética del símbolo.

(«Catálogo de la Exposición Sala Quixote», Madrid, dicbre. 1962.)

## JUAN FERNANDEZ FIGUEROA

«Este pintor, que «fue» ingeniero, ha enlazado las letras de su nombre. Es un signo. Quiere dar una idea hilvanada, coherente, de sí. Y lo logra: con su pintura —sin equívocos— y con su semblanza escrita, llana, breve, comedida. Esta semblanza se contiene en un





Bodegón



L'arno



Bodegón con dos



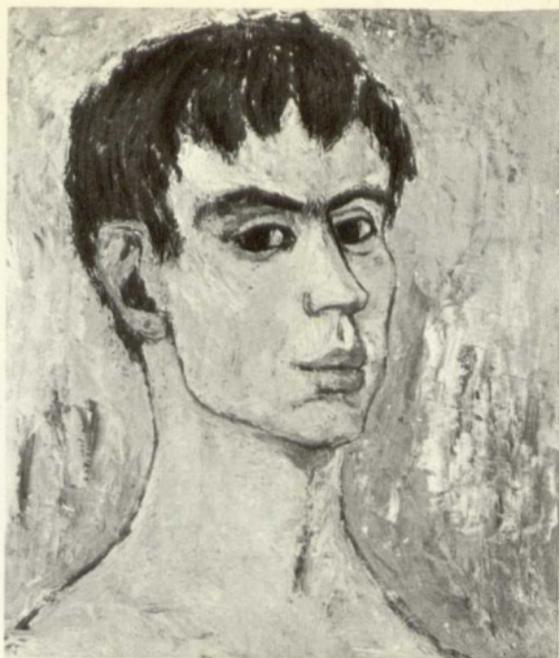
Surcos



Sol



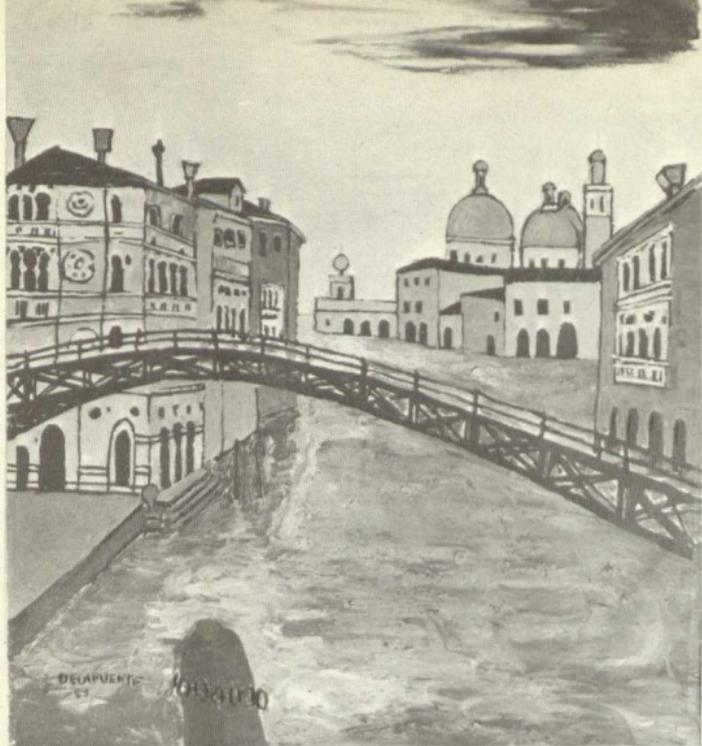
El Castillo



Cabeza



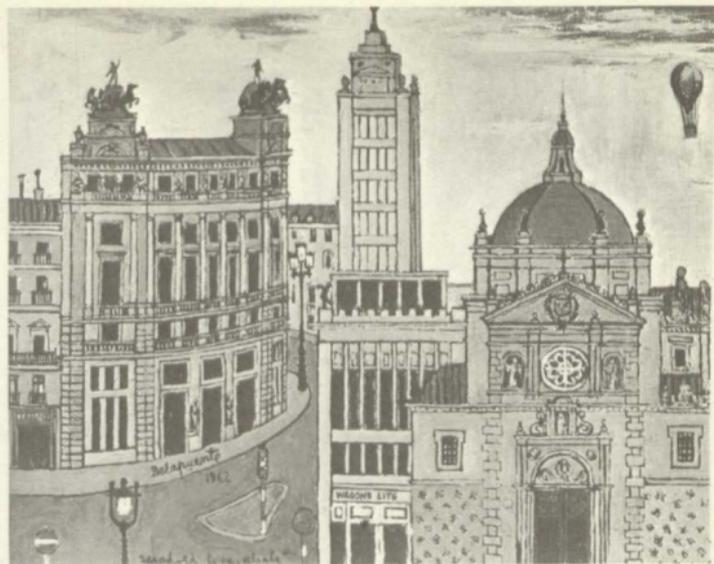
La Tienda



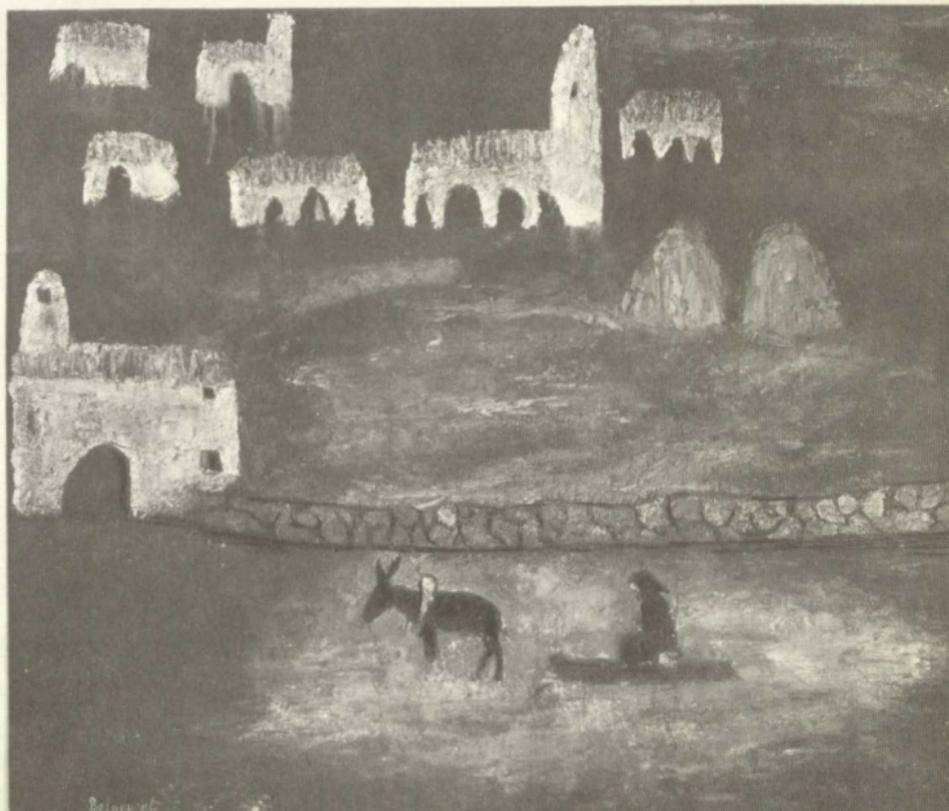
El Puente



Picador



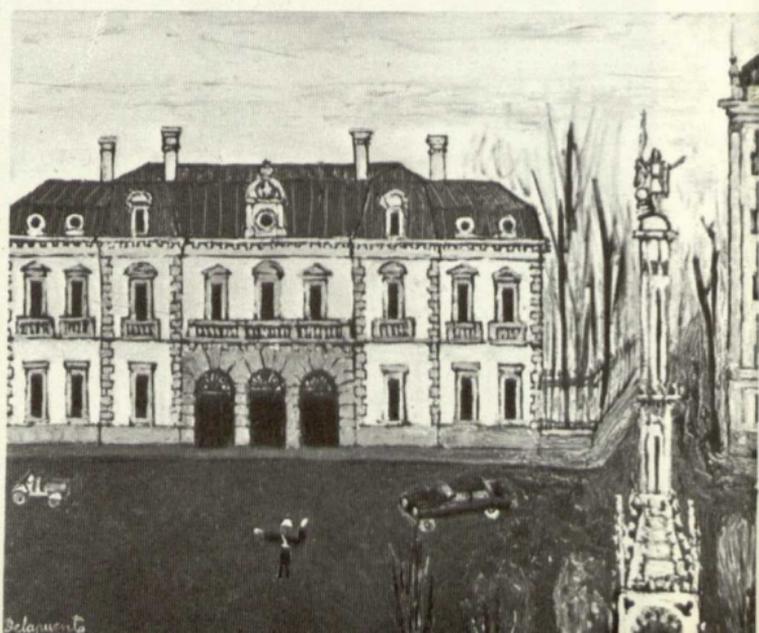
Trilla



# x Deux Magots



Aux

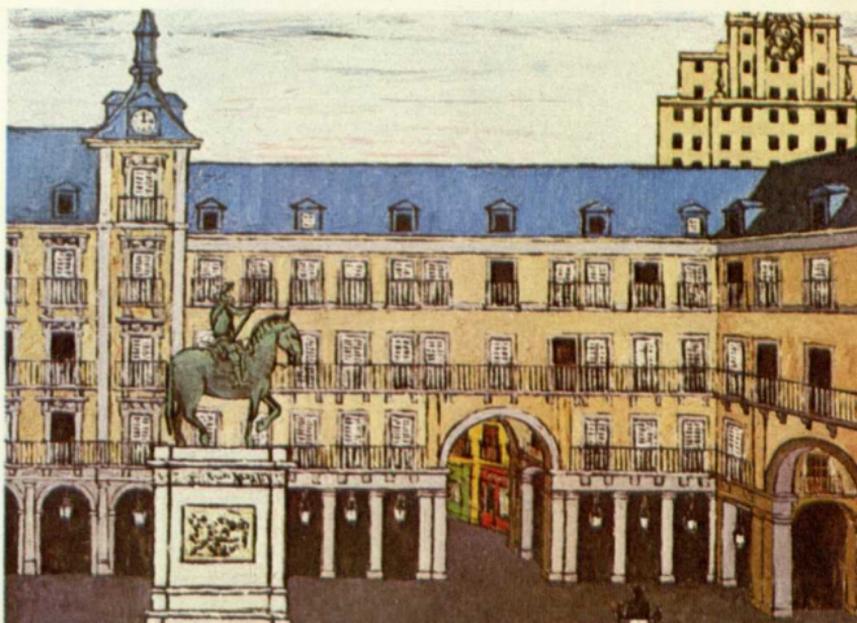


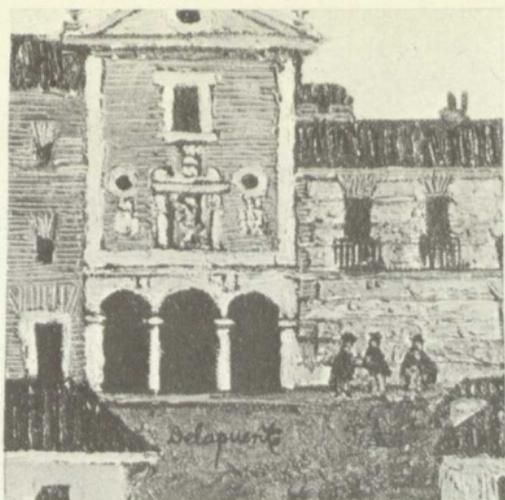
El Palacete

El Arco



Madrid  
La Plaza





Convento

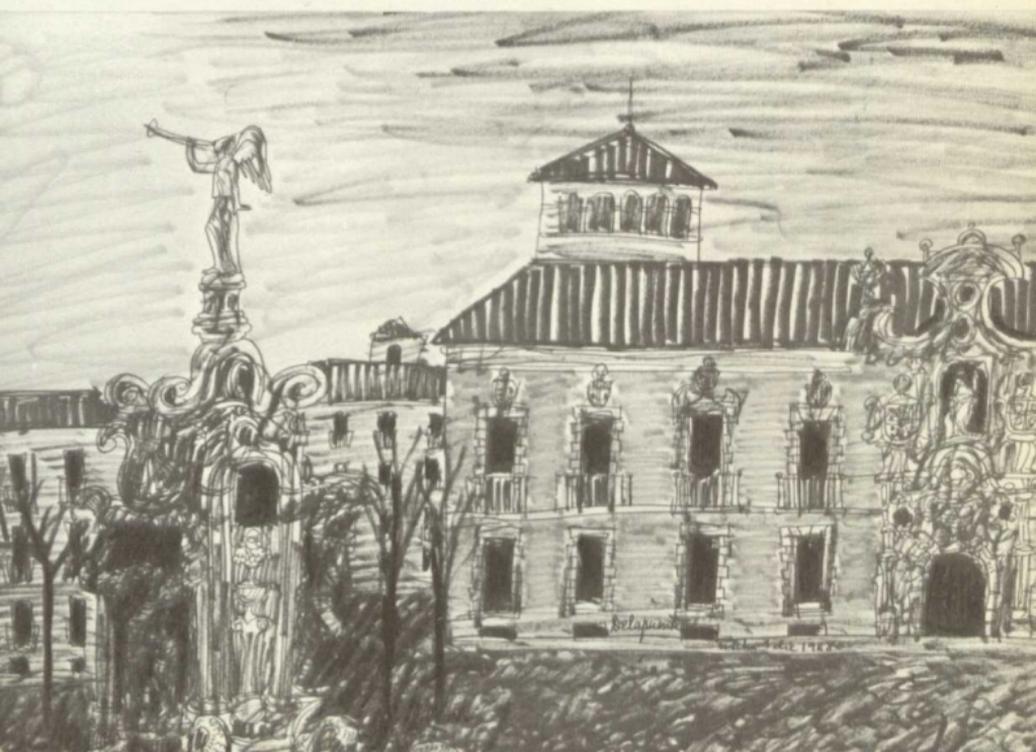


La Ventana

Callejón



El Hospicio



Puesta de Sol



Margarita



El Escorial



La Luna



La Luna

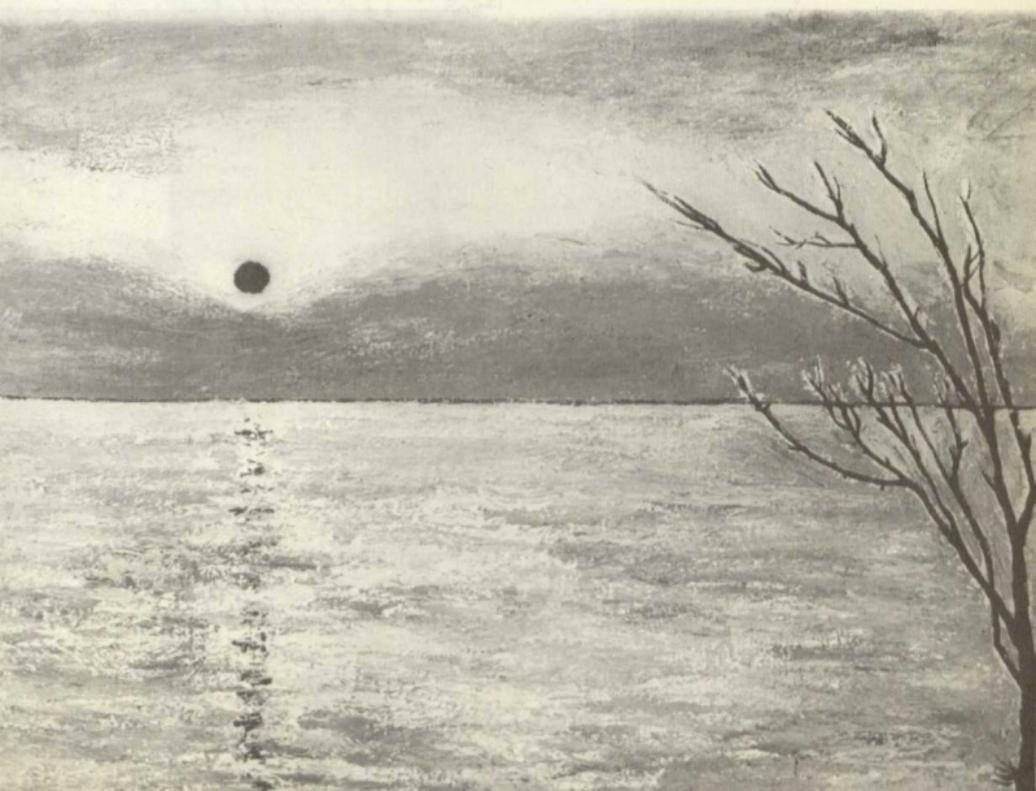


Madrid

A la calle



Niponas





La Dama

libro casi perfecto, de letra nítida, con dibujos intercalados, precediendo a un buen número de ilustraciones en color y en negro. Ha sido un acierto de Delapiente. Dibuja lo real con libertad, como lo piensa —no es frecuente. Pintar es algo inspirado, que puede hacerse mecánico, y que deja de ser, en los pintores serios, tarea reflexiva. Fernando Delapiente «reflexiona» su inspiración antes que le brote en la cabeza, en los dedos... La bohemia honrada late en el corazón, perpleja; no se desmelenan en el gesto ni la mugre. He aquí un pintor severo en su vida, transida de libertad, sin embargo. No es afectado, pero no es fanático. Pero no se puede decir de sus telas que sean casuales. Nacen de una exigencia interior, al ritmo debido. No es un patético: es un entusiasta que obra con conocimiento y razón. Lo que expone, pintando o por escrito, lleva el sello de lo nítido sencillo. ¡Elocuente sencillez! Deja el alma serena. Aquí —en Delapiente— no hay «crucigrama»; hay la prudencia natural. Y el vehemente tirón de un espíritu que viaja para saciarse de obra ajena, llevar a cabo, luego, la propia sin trampa ni temor».

(«Índice», Madrid, 5 enero 1964.)

## JUAN ANTONIO GAYA NUÑO

«Demasiado sé que no es conveniente forjarse un clisé invariable de ningún estilo personal, pero confieso que, en mi antología inmediata de fichas mentales de artistas, lo había en el caso de Fernando Delapiente. Y era un clisé sumamente honroso, vinculado al particularísimo atipismo del ilustre pintor, tan aparte, tan desligado de modos y modas, tan altaneramente haciendo su solo y exclusivo camino. Con razón para mi criterio receptivo. Ese planeamiento de ciudades, esa sencilla y difícil originalidad de coordinaciones urbanas, esos sus bodegones mágicos, incluso su propensión a espontaneidades aparentemente excesivas,

todo nos traía a la memoria crítica el caso de un pintor de inmensa sabiduría que se avergonzaba de ella. Que la disimulaba, contraía y rehacía según otros propósitos verosímilmente anteriores a las llegadas a esa sapiencia. Por eso ha sido un pintor tan desconcertante, incluso para los nada vulgares glosadores de su obra.

Con toda su considerable personalidad, Delapiente no quedó inmune al contagio de la obligatoria epidemia abstracta. Se decidió a abandonar la abstracción, haciendo uso de una honradez fuera de serie, operando con una honestidad y fidelidad a las más íntimas responsabilidades que bien desearíamos fueran más frecuentes. Y dejó de ser abstracto. No sin provecho extraído de su corta aventura. La etapa en que se hicieran presentes no necesitaba sino, por ejemplo, el cambio de ambiente. Un cortijo, una ermita, una iglesia, acaso no más que un chozo. Arbitrarizadas, modelizadas, traídas a un canon puramente referencial respecto del paisaje, tales caseríos blancos conservan un claro poderío definidor del paisaje andaluz, precisamente andaluz, y de una Andalucía solidísima, impresionante, certeramente vista. No delicada ni adelgazada, sino robusta en sus más punzantes solemnidades».

(«Gaceta Ilustrada», Madrid, 24 abril 1965.)

## LUIS FIGUEROLA FERRETTI

«Hoy Delapiente ha dado un giro violento a tenor con la nueva valoración del color y sus mixturas, aportadas por la abstracción. En ese sentido, el paso dado por Delapiente ha sido, efectivamente, de gigante, sin haber perdido esa conexión íntima con sus anteriores convicciones constitutivas de la propia tradición. Pero es precisamente ese ámbito de gran riqueza colorista y jugosidad de pasta, que tiene su máximo exponente en «Canción al mar de tierra», donde Dela-

puente juega su mejor baza. Porque hay en ella la mejor inteligencia y sensibilidad que hoy puede pedirse al buen pintor».

(«Arriba», Madrid, 9 mayo 1965.)

## RAMON FARALDO

«La identificación de un espíritu rechaza huellas dactilares e imágenes fotográficas; se atiene a huellas anímicas, a tipos de derrame poético o tensión sensible. Desde este ángulo, el pintor que comentamos sigue siendo el que fue. Su manera de darse es la de antes: los mismos componentes de candor y pasión, estudio y exigencia. Como en interpretaciones anteriores, Delapiente busca la intensidad más que el episodio; hace valer el tema para comunicarnos algo que éste lleva infuso: una razón de entusiasmo, amor o desesperanza vitales. Como en aquellas panorámicas venecianas o parisienses trazadas con humor y melancolía, los temas de ahora serían poca cosa si no fuesen, además de relatos montaraces, significaciones humanas de formas de existir, de dramas o alegrías oscuras, de solicitaciones y desamparos tan claramente grabados en suelos y cielos como en las almas criadas a su amparo. Cada uno de estos cuadros, con representación intensificada de fragmentos españoles, es biografía mejor que geografía, y sustancian una interioridad, un pensamiento o confianza de orden no simplemente estético. Un pintor legítimo está facultado para dar verbo a cosas y tierras. Las que pinta Delapiente lo poseen, lo comunican, y su vibración las llena de conceptos enamorados y creyentes».

(«YA», Madrid, 1 mayo 1965.)

## JOSE CAMON AZNAR

«La arquitectura, en estos cuadros, es sentida como paisaje, con todos los alabeos y gracias e imagina-

ciones que el paisismo puede sugerir. Por ello, estas «vistas de Madrid», de Fernando Delapuate, tienen un valor a la vez descriptivo y creador. Son perspectivas cortesanas vistas desde su evocación cromática, desde sus posibilidades casi biológicas de desarrollo estructural. Su ingenuismo procede de la visión global de un tema urbano en el que la envoltura ajardinada se unifica con vigor y gracia con la arquitectura. Parece que estos conjuntos han sido tan solo arranque de un ímpetu creador realizado en la conciencia del artista. Por eso faltan aquí sombras y luces solares, perspectivas pautadas, ambientación atmosférica. Todo se halla como solidificado en unos colores grasos y enteros, una de cuyas seducciones consiste precisamente en unos contrastes cromáticos que robustecen las formas. Colores arbitrarios, sí, pero que al margen de su alveolo arquitectónico se nos presentan como una fiesta para los ojos. Su simplicidad, su falta de claroscuro, sus violencias e insolidaridad ambiental, determinan la fortaleza, también en cierta manera arquitectónica, de estos cuadros de Delapuate. Algunos ya con prestigio histórico por el desaparecido modelo; otros, con yo no sé qué gracias cortesanas que los animan; y todos, sin folklorismo y con una monumentalidad en la confección de los planos sueltos con sucesión escenográfica. Visión del Madrid de nuestro tiempo, no sólo por el tema, sino por la técnica y concepto de su interpretación».

(«Catálogo Exposición Museo Arte Contemporáneo»,  
Madrid, 30 noviembre 1970.)

M. A. GARCIA-VIÑOLAS

«El Madrid de Fernando Delapuate es una ciudad habitada por ángeles-niños: chimeneas azules, tejados de color violeta, suelos anaranjados... Conserva, con esa gracia entre infantil y sabia que tiene el trazo de Fernando Delapuate, los perfiles de la ciudad en su arbitraria topografía; luego, sobre ese esquema, Dela-

puente pone lo inefable: un aire diáfano, que no es el que respira precisamente esta ciudad de grises nieblas. Ciertamente es que la mirada del pintor se ha situado en la primavera, bajo los cielos claros que a veces asoman como nostalgias de otro tiempo en el firmamento gaseoso de nuestra ciudad. También es cosa de agradecer la agilidad que tiene su trazo y ese concierto lírico de pintura y dibujo con que sabe fortalecer el candor de sus imágenes madrileñas».

(«Pueblo», Madrid, 16 diciembre 1970.)

### A. M. CAMPOY

«La exposición se titula «Madrid, por Delapuenta», y se celebra en el Museo Español de Arte Contemporáneo. Fernando Delapuenta, santanderino, era como Juan de Echevarría —como Miguel Utrillo— un ingeniero al que conquistó decididamente la pintura. No es que comparta otras actividades suyas con la pintura: es que sólo pinta, no hace otra cosa que pintar, y pinta con esa obsesión incansable de los verdaderos pintores. La biografía de Picasso, Vázquez Díaz, Benjamín Palencia, Barjola. Delapuenta en fin, es la ininterrumpida historia de la obsesión de pintar. Delapuenta, en una serie de cuadros que podrían alinearse hasta componer una visión orgánica, ha convertido en motivo pictórico el tema epidérmico de Madrid, lo ha trascendido, es decir: el tema se revela como paisaje. No es un Madrid estudiado en las calidades inmediatas de elementos, ni a la luz de cada uno de sus instantes. El color y la luz son, únicamente, los que la dialéctica interna de la propia pintura exige. Dufy hace lo mismo, se trate de una consola con violín o del puerto deportivo de Deauville. Delapuenta, que era principalmente un gran dibujante, ha llegado a ser un gran pintor».

(«ABC», Madrid, 18 diciembre 1970.)

## JOSE HIERRO

«Transitó por otros caminos más próximos a la realidad. Un día emprendió una corta aventura, un viaje de fin de semana, por una Andalucía hosca y dramática, narrada con tierras grumosas y ásperas. Pero lo suyo era volver a reinventar Madrid. Delapiente destruye Madrid y lo reedifica sobre el mismo solar, bajo el mismo cielo, pero seleccionando mágicamente. Delapiente, en esta serie de obras que presenta en el Museo de Arte Contemporáneo, confirma su línea tan personal en nuevas y hermosas pruebas de un arte que tiene la finura de visión de un poeta y la realización sobria y áspera de una tarea campesina».

(«Nuevo Diario», Madrid, 6 diciembre 1970.)

## JOAQUIN ORMAECHEA

«La periferia de la «piel de toro» ha sido cuna de grandes hombres. Uno de estos «periféricos» que se ha hecho notar en el vasto campo de las artes es Fernando Delapiente. Sus pinceles, su inspiración, sus ganas de aprender y su enorme capacidad de trabajo hace tiempo ya que le abrieron el camino de la fama. Pintor y famoso. Está donde esté, siempre es noticia... En la Galería de Arte «El Pez», una calurosa mañana de este ajetreado mes de julio, contemplamos algunos de sus cuadros... Uno de ellos nos puso en contacto con el mar, pero con el mar de Fuen-girola... de Marbella... un mar donde la luna riela... un mar luminoso, brillante, donde la luz se desparrama incontenible hasta el mismísimo horizonte. Pero Delapiente también ha pintado «su Cantábrico», el siempre cambiante mar que baña su santanderina tierra. Delapiente está en San Sebastián. Esto es importante... siempre se puede aprender... si se quiere, claro».

(«El Diario Vasco», San Sebastián, 23 julio 1971.)

## CARLOS ANTONIO AREAN

«Fernando Delapiente prefiere la factura directa, el calor casi puro, los contrastes ricos, gozosos, flexibles, pero no excesivos. El pigmento con leves sensibilizaciones, aunque sin erosiones demasiado visibles. Compone de manera casi estrictamente bidimensional y cuando quiere sugerir la tercera dimensión prefiere hacerlo mediante perspectivas dibujísticas mejor que utilizando planos de luz y de sombra. Todo ello hace más perceptible la transparencia diáfana de su aire, la igualdad de su luz; la impasible inmovilidad de un mundo que parece haber sido arrancado del tiempo. Con este rico instrumental expresivo Fernando Delapiente reinventa sus dos ciudades predilectas, su Madrid y su París. Creo que gracias a su interpretación transida de amor, podemos conocerlas también de una manera inédita todos cuantos las amamos.

(«La Estafeta Literaria», Madrid, febrero 1971.)

## ANTONIO MARTINEZ CEREZO

«Delapiente extrae con su visión precisa y escrutadora las piedras cargadas de historia, seleccionando del barroquismo ciudadano la simpleza de una fuente, una estatua o una vieja casona. No comete Delapiente el viejo error de perder el bosque por contemplar un árbol, sino que trepa a lo alto de las torres para así, a vista de pájaro, captar el latir nocturno de la ciudad desolada. Especial significado revisten sus dibujos realizados con lápiz graso «ofromaster» con una rapidez de ejecución tal que las cosas permanecen en movimiento, el detalle preciso recibe el toque apenas insinuado de una mancha de color. Es indudable que el nombre de Delapiente quedará necesariamente ligado al de Madrid, con el mismo cordón umbilical imperecedero que el de Utrillo a París».

(«La Gaceta del Norte», Santander, 11 agosto 1971.)

## LEOPOLDO RODRIGUEZ ALCALDE

«Desde luego, no estábamos acostumbrados al reflejo de rutilantes verdes y amarillos en los edificios de la Gran Vía; ni creíamos que el rojo llameante era la tonalidad distinta del Madrid de los Austrias; como tampoco habíamos percibido en Castilla la traca deslumbrante de colores de Benjamín Palencia. Delapueute sueña sus rincones de Madrid, y da corporeidad a su visión mediante la aplicación de ese colorido que hoy admiramos en sus lienzos. Literatura aparte, la pintura de Delapueute se manifiesta segura de su rumbo, sólida en su técnica, firmemente graciosa en su armonía. Bautiza con colores a las piedras de Madrid y también tiene frescas atenciones con los árboles y con las fuentes, con todo lo que es plástica y poesía en el incomparable mapa madrileño».

(«Alerta», Santander, 10 agosto 1971.)

## SANTOS-TORROELLA

«Es pintor que procede por síntesis de visión de dicción, con una mezcla de sabiduría y de voluntaria —conquistada— ingenuidad que, en la mayoría de las ocasiones, resulta grata en extremo. Ciertas notas de humor —como en sus escenas de las librerías de viejo de la Cuesta Moyano, en Madrid, y de la Rambla de las Flores, en Barcelona—, ponen, llegado el caso, un aceite de amena cordialidad al múltiple y diverso registro expresivo del pintor. Pero donde, para nuestro gusto, alcanza mayor intensidad y se hace más profundo, tanto plástica como interpretativamente, es en las marinas que ha traído a esta exposición, particularmente en aquellas en que parece haberse propuesto como tema el de la soledad infinita del mar. Resulta la composición en franjas que rozan la abstracción —ésta la cultivó, al parecer, durante algún tiempo—, con sólo el breve círculo de una luna roja o negra sobre el hori-

zonte marino. Delapiente nos transmite —nos hace sentir— esos momentos de cósmica grandeza en que el mar hechiza tanto como sobrecoge».

(«El Noticiero Universal», Barcelona, 26 abril 1972.)

## ANGER MARSA

«La pintura de Delapiente se halla regida por una gran amplitud de los empastes y en los enlaces cromáticos, y una ceñida contención en el concepto, de una sobriedad y un rigor expresivo de neta raíz castellana. La opulencia del color, la complejidad de las texturas y la nitidez de las formas, configuran el cuadro y recrean la realidad según leyes plásticas inexorables. A destacar como más significativos del módulo genuino de este pintor, sus paisajes urbanos de París y Barcelona. La amplia serie de los temas marinos se ordenan en una sinfonía de azules, verdes y rojos, enlazados con tanta sabiduría como sensibilidad».

(«El Correo Catalán», Barcelona, 22 abril 1972.)

## FERNANDO GUTIERREZ

«Fernando Delapiente es un pintor cántabro de buena cepa y mejor ley, y cántabra es su libertad de pintar y de inventarle colores a las cosas, desde las nubes sobre el mar hasta las fachadas de las casas. Esto es ya sobresabido en él, y en ello está «el ite de la cosa», como se diría por sus tierras. Pero si Delapiente inventa con colores cántabros, no por ello desasosiega, por ejemplo, un Madrid o una Barcelona que no los tiene, pero que le miman la gracia. No por ello tampoco trastorna el carácter de esta o aquella ciudad. Cuando hace «surdir» la luna del mar, estos mares lisos, densos, propicios y al mismo tiempo misteriosos, que invitan a caminar por sus ondas tranquilas, han perdido los «maretones» cántabros y son

como balsas de aceite de candil que se volvió azul. Pero a más que más son mares de aquí o de allí, de donde le dé a Delapiente que sean. De ahí esa condición de pintura maciza que parece haber sido labrada en la entraña de su propia materia, hasta arrancarle estremecimientos. Luego, esa misma serenidad lo equilibrará todo en una constante, no se sabe si mágica o misteriosa, en la cual los silencios de las cosas son de un color inexpresable, como inexpresables colores son también sus voces. Quizás es que Delapiente pinta de las cosas su verdad y su poesía y las mezcla y las funde y no se sabe bien si la verdad es la poesía o la poesía es la verdad. Nada de esta pintura está «desamañado». Tiene sabor de tiempo, de tiempo del Norte y es tiempo ese que no se hizo de una chada».

(«La Vanguardia Española», Barcelona, 25 abril 1972.)

## ESQUEMA DE SU VIDA

### 1909

- El 25 de abril nace en el Paseo de la Concepción (hoy Menéndez Pelayo, 69), de Santander.

### 1915

- Se traslada a Valladolid con su familia. Veranos en Reinosa, donde vive su abuela materna, doña Victorina de Irún López.

### 1917

- Retorna con su familia a vivir a Santander. Sigue pasando los veranos en Reinosa. Primeras acuarelas. Comienza a estudiar en el colegio de don Daniel Leza en Santander.

### 1919

- Comienza estudios de bachillerato en el Instituto General y Técnico de Santander.

### 1923

- Primer óleo. Retorna con sus padres a Valladolid, donde termina el bachillerato. Clases de dibujo en el Museo Provincial.

### 1925

- Comienza estudios de matemáticas. Veranos en Santander.

## 1926

- Breve estancia en Madrid para la preparación del ingreso en la Escuela de Ingenieros Industriales.

## 1927

- Se traslada a Madrid. Empieza la carrera de Ingeniero Industrial.

## 1929

- Pinta intensamente. Lecciones de don Manuel Menéndez, profesor de Anatomía artística en la Escuela de San Fernando. Ingresa en la Escuela Superior de Pintura, Escultura y Grabado.

## 1930

- Cursa tercero de Industriales y primer curso en la Escuela de San Fernando. Verano en Santander.

## 1931-32

- Estudios simultáneos de ambas carreras. En la de Arte, son sus maestros Ramón Zaragoza, Laínez Alcalá, Andrés Crespi, Eduardo Chicharro, Julio Moisés y Manuel Benedito.

## 1933

- Termina sus estudios de ingeniería. Se coloca en una Azucarera. Deja inconclusos los de pintura, Primer viaje a Italia.

## 1934

- Primer viaje a París y Berlín.

## 1935

- Trabaja como ingeniero. Continúa pintando.

## 1936

- Estalla la guerra.

## 1939

- Termina la guerra. Retorno a la Azucarera. Acaba los estudios en la Escuela Superior de Bellas Artes de Madrid.

## 1941

- Concluye el profesorado de Dibujo.

## 1944

- Pintura intensa de bodegones, cabezas del natural, etc.

## 1945

- Obtiene por oposición la cátedra de Dibujo de la Escuela Especial de Ingenieros Industriales de Madrid.

## 1949

- Abandona la cátedra de la Escuela de Ingenieros. Segundo viaje a Italia, donde permanece cinco años. Asiste a las clases del Centro Internacional de pintores (Vía Marguta, Roma). Recorre toda Italia. Contacto con el Colegio Español, que dirige el pintor Labrada. Segundo viaje a París.

## 1953

- Primeras pinturas de paisajes urbanos parisienses. Retorno a España, donde pinta las series «Castilla», «Ría de Bilbao» y paisajes de «Tierra de Campos». Influencia de Van Gogh.

## 1955-56

- Participa en la tercera Bienal de Arte Hispanoamericano (Barcelona). En esa capital expone, además, en las Galerías Layetanas, presentado por el profesor Arellano y el crítico Sebastián Gasch. Es su primera exposición personal. Pinta la primera

serie de paisajes urbanos madrileños, entre los que figura «La Boutique du Coiffeur», hoy en el Museo de Arte Moderno de París. Realiza también la «Serie Luminosa», integrada por paisajes de Italia. Retorna a París. Participa en la XLVIII Exposición del «Salón de L'Ecole Française», celebrada en el Palais des Beaux-Arts de la Ville de Paris. En el Museo de Bellas Artes de Santander lleva a cabo una exposición personal.

## 1957

- En la Galería Bénézit (Boulevard Haussman), y presentado por el escritor Georges Pillement, realiza su primera exposición personal en París. La exposición de Santander se traslada a la Biblioteca José María Pereda, en Torrelavega, y más tarde a la Casa de Cultura de Reinosa.

## 1957-58

- Segunda exposición personal en París, en las Galerías Durand-ruel, donde es presentado por Jean Bouret, presidente del Club del Libro francés.

## 1958

- Inaugura con una exposición de su obra de París la Sala Neblí, de Madrid. Es presentado por el arquitecto Miguel Fisac. Más tarde participa en la Exposición de Arte Actual, de la misma sala.

## 1960

- Se instala en Madrid y comienza la segunda serie de Paisajes Urbanos madrileños.

## 1962

- Exposición de las veintisiete telas de la segunda serie de Madrid, y quince de París, más algunos bodegones, en la Galería Quixote. Las presentacio-

nes corren a cargo de Enrique Lafuente Ferrari, Manuel Sánchez Camargo, José Hierro y Manuel Pombo Angulo. Participa en la exposición organizada por el Instituto de Cultura Hispánica de Bilbao, de «Temas Taurinos». Presenta asimismo algunas obras en la exposición Nacional de Bellas Artes.

### 1963

- Primer viaje a Londres. Vuelve a Madrid y cultiva la pintura abstracta.

### 1964

- Lienzos de tema andaluz. Participa en: Exposición Colectiva del Club La Rábida; Exposición de siete pintores y siete escultores, en Torremolinos; Exposición Colectiva de la Sala Salamanca vallisoletana; «Veinticinco años de Arte Español», en Madrid; «Concursos Nacionales» de la Dirección General de Bellas Artes.

### 1965

- Exposición de la serie de Andalucía en la Sala Neblí (Madrid). Es presentado por J. A. Gaya Nuño. Exhibe treinta telas de Paisajes de Andalucía la Baja.

### 1966

- Concurre a la Exposición Nacional de Bellas Artes. Reside en Londres.

### 1967

- Exposición personal con la que inaugura la motonave sueca «Patricia». Comienza la «Tercera serie de Madrid». Uno de los cuadros de ella («Convento de las Trinitarias») figura actualmente en el Museo de Arte Moderno de Estocolmo. Exposición de la

Sala de Arte Albia (Bilbao). Nuevo viaje a Londres y visita Holanda, Alemania y París.

### 1968

- Exposición personal dedicada al «Retrato» en el Hotel Meliá «Don Pepe», de Marbella. Concorre a la Exposición del grupo «Nueve pintores y tres escultores» (Galería Céspedes, de Córdoba). Viajes a Londres, Copenhague y Estocolmo. Figura en la Exposición colectiva «The Art Gallery of Toronto», de Canadá. Presenta nueve telas en el Pabellón Español de la «World Fair», de Nueva York, y participa en la Exposición Nacional de Bellas Artes, en la que obtiene tercera Medalla de dibujo. Nuevo viaje a París.

### 1969

- Concorre a la Exposición «Pintores Figurativos en la España Actual», organizada por la Dirección General de Cultura Popular, en Madrid, y trasladada después a San Diego y San Luis (Estados Unidos). Exposición colectiva en la madrileña Sala Durán. Quinto viaje a Londres.

### 1970

- Participa en la Nacional de Bellas Artes y obtiene tercera Medalla de pintura por su cuadro «Plaza de Santa Cruz». Exposición personal con cuarenta y cinco cuadros, sobre el tema «Madrid», en el Museo de Arte Contemporáneo, donde es presentado por el profesor Camón Aznar. (En dicho Museo se encuentran óleos de Delapunte con temas de paisajes de Madrid y Riofrío, y un dibujo urbano.)

### 1971

- Vuelve a Santander, donde pinta y toma cuarenta apuntes de su tierra natal. Seleccionado para la

III Bienal Internacional del Deporte en las Bellas Artes. Exposición particular en San Sebastián, inaugurando la Galería «El Pez». Le presentó el catedrático y director del Instituto de España, marqués de Lozoya. Exposición en la Galería «Sur» (Santander), donde exhibe treinta obras de paisajes urbanos madrileños. La presentación corre a cargo de José Camón Aznar. Participa como invitado en la Exposición de «Dibujos de Pintores montañeses actuales», organizada por el Instituto Juan de Herrera, perteneciente a la Institución Cultural Cantábrica. Es seleccionado, como artista premiado, para la Exposición Nacional Itinerante, en diversas capitales españolas.

## 1972

- Exposición personal en la Galería «Camarote Granados», de Barcelona, con un conjunto de pinturas titulado «Mar y Tierra». Expone cuarenta y cinco óleos, en su mayoría marinas. Participa en la Exposición Nacional de Bellas Artes. Presenta dos óleos: «Arrebato de mar y tierra», «La cuesta de Moyano, Madrid». El primero es distinguido con la adquisición por el Estado. Y participará en la Exposición Itinerante por toda España. Realiza la primera exposición individual retrospectiva en la Galería «Arteta» de Bilbao. Presenta treinta y ocho óleos y veinte dibujos.

## 1973

- Participa en el homenaje que el Club Urbis tributa a Gerardo Diego. Concorre al homenaje al pintor Nicanor Piñola en la Galera «Estudio de Arte y Decoración Uranga» de Oviedo y a la Exposición de Minicadros de la Galería Círculo Z, de Madrid, con el cuadro «Vista de Madrid desde la Casa de Campo».



## INDICE

Apuntes biográficos. . . . .	7
El pintor ante la crítica. . . . .	25
Láminas . . . . .	33
Esquema de su vida . . . . .	59

# COLECCION

## «Artistas Españoles Contemporáneos»

- 1/Joaquín Rodrigo, por Federico Sopena.
- 2/Ortega Muñoz, por Antonio Manuel Campoy.
- 3/José Llorens, por Salvador Aldana.
- 4/Argenta, por Antonio Fernández Cid.
- 5/Chillida, por Luis Figuerola-Ferretti.
- 6/Luis de Pablo, por Tomás Marco.
- 7/Victorino Macho, por Fernando Mon.
- 8/Pablo Serrano, por Julián Gallego.
- 9/Francisco Mateos, por Manuel García-Viñó.
- 10/Guinovart, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
- 11/Villaseñor, por Fernando Ponce.
- 12/Manuel Rivera, por Cirilo Popovici.
- 13/Barjola, por Joaquín de la Puente.
- 14/Julio González, por Vicente Aguilera Cerni.
- 15/Pepi Sánchez, por Vintila Horia.
- 16/Tharrats, por Carlos Areán.
- 17/Oscar Domínguez, por Eduardo Westerdahl.
- 18/Zabaleta, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
- 19/Failde, por Luis Trabazo.
- 20/Miró, por José Corredor Matheos.
- 21/Chirino, por Manuel Conde.
- 22/Dalí, por Antonio Fernández Molina.
- 23/Gaudí, por Juan Bergós Masso.
- 24/Tàpies, por Sebastián Gasch.
- 25/Antonio Fernández Alba, por Santiago Amón.
- 26/Benjamin Palencia, por Ramón Faraldo.
- 27/Amadeo Gabino, por Antonio García-Tizón.
- 28/Fernando Higuera, por José de Castro Arines.
- 29/Miguel Fisac, por Daniel Fullaondo.
- 30/Antoni Cumella, por Román Vallés.
- 31/Millares, por Carlos Areán.
- 32/Alvaro Delgado, por Raúl Chávarri.
- 33/Carlos Maside, por Fernando Mon.
- 34/Cristóbal Halfter, por Tomás Marco.
- 35/Eusebio Sempere, por Cirilo Popovici.
- 36/Cirilo Martínez Novillo, por Diego Jesús Giménez.
- 37/José María de Labra, por Raúl Chávarri.
- 38/Gutiérrez Soto, por Miguel Ángel Valdellou.
- 39/Arcadio Blasco, por Manuel García Viñó.
- 40/Francisco Lozano, por Rodrigo Rubio.
- 41/Plácido Fleitas, por Lázaro Santana.
- 42/Joaquín Vaquero, por Ramón Solís.
- 43/Vaquero Turcios, por José Gerardo Manrique de Lara.

- 44/Prieto Nespereira, por Carlos Areán.  
45/Román Vallés, por Juan Eduardo Cirlot.  
46/Cristino de Vera, por Joaquín de la Puente.  
47/Solana, por Rafael Flórez.  
48/Rafael Echaide y César Ortiz Echagüe, por Luis Núñez L.  
49/Subirachs, por Daniel Giralt-Mirade.  
50/Juan Romero, por Rafael Gómez Pérez.  
51/Eduardo Sanz, por Vicente Aguilera Cerni.  
52/Augusto Puig, por Antonio Fernández Molina.  
53/Genaro Lahuerta, por A. M. Campoy.  
54/Pedro González, por Lázaro Santana.  
55/José Planas Peñalvez, por Luis Núñez L.  
56/Oscar Esplá, por Antonio Iglesias.  
57/Fernando Delapiente, por José Luis Vázquez-Dodero.

En preparación:

**Manuel Alcorlo**  
**Cardona Torrandell**  
**Zacarias González**



*Esta monografía sobre la vida y  
la obra del pintor Fernando Dela-  
puente ha sido impresa en los talleres  
de Edigraf - Barcelona*



boutique du coiffeur» se encuentra en el Museo de Arte Moderno de París. La trayectoria existencial de este pintor se caracteriza por una denodada y ejemplar sumisión a las exigencias vocacionales del arte.

**Precio: 60 Ptas.**

SERIE PINTORES

